



SUMARIO

Editorial

María, mujer de espera y confianza.

Camino Formativo

“Los amó hasta el final.” (Jn. 13, 1)

Entrégate - Confía - Sonríe

Carta del Rector Mayor: *El camino hacia el Paraíso.*

400° Aniversario de la muerte de San Francisco de Sales

San Francisco de Sales y la Eucaristía.

Por la gracia recibida

“Beatrice, nuestro pequeño milagro”.

Noticias de Familia

- Argentina: Retiro de Octubre con San Francisco de Sales.

- Tailandia: Peregrinación de la imagen de María Auxiliadora en las familias.

EDITORIAL

P.1

MARÍA, MUJER DE ESPERA Y CONFIANZA

P.2

Queridos amigos y amigas de ADMA:

Hace poco que hemos terminado el año litúrgico y ya nos vemos inmersos en este tiempo de Adviento que nos prepara a acoger el misterio de un Dios que se hace hombre, que viene a la tierra no tanto para liberarnos de lo que vivimos, sino sobre todo para no dejarnos solos en lo que vivimos, para ser partícipes de nuestra vida y de nuestra humanidad, de nuestras alegrías y de nuestros sufrimientos.

P.10

Es un tiempo de espera de la venida de Jesús luz del mundo, que no queremos vivir distraídos o enredados en las cosas de este mundo, ni mucho menos, tristes y descorazonados, sino atentos a las cosas de allá arriba, con la mirada en el cielo fijos en nuestra Estrella. ¡Y quién mejor que María puede ayudarnos a vivir bien este tiempo! Hace un año precisamente, el papa Francisco, nos invitaba, a vivir el tiempo de Adviento como María después del anuncio del Ángel.

P.12

María es la mujer de la espera por excelencia, en ella la espera es incondicional, más allá de toda lógica humana, es una espera atemporal porque es la espera de Dios y de su designio de amor. Pero su espera es también participativa, es una espera llena de oración, escucha y discernimiento. Todo lo que vive y le sucede, por muy extraordinario que sea, no sucede sin su consentimiento, es siempre su “Sí” lo que abre a la confianza total en Dios, sobre el que se

P.13

P.14

funda el milagro de amor del nacimiento del Salvador.

Y María es también una mujer de esperanza, porque se abre a la promesa de Dios sin ninguna certeza humana y esperando que el Espíritu actúe en ella y le muestre el camino paso a paso. María es una mujer de esperanza porque se deja transformar a pesar de las dificultades, los riesgos, los miedos. Como nos recuerda el Papa Francisco:

“La Virgen no se quedó en casa paralizada por las preocupaciones, sumida en los problemas, no se hundió en la autocompasión ni en el miedo a las incomprendiones o a los severos castigos, como la lapidación, a los que la exponía su inesperado embarazo, sino que se puso en marcha para compartir con su prima Isabel la alegría que llevaba en su corazón.”



Sigue adelante con esperanza, sin agitación ni ansiedad, en la espera de un Dios que siempre da el primer paso. Esta es la actitud de María que también nosotros, miembros de ADMA, queremos imitar en este Adviento, para que la espera no sea estéril ni pasiva, sino fecunda y repleta de actos de amor, sabiendo que *“el primer acto de caridad con el prójimo es ofrecerle un rostro sereno y sonriente”*; como el de Bartolomé Garelli que vio Don Bosco el día de la fiesta de la Inmaculada en el oratorio de la iglesia de san Francisco de Asís de Turín: una mirada llena de afecto y de familiaridad, que con el rezo de un simple *“Ave María”* ha eliminado toda distancia y ha permitido que Jesús naciera, una vez más, en el corazón del hombre.

Renato Valera,
 Presidente de ADMA Primaria.

Alejandro Guevara,
 Animador Spiritual de ADMA Primaria

CAMMINO FORMATIVO

“LOS AMÓ HASTA EL FINAL” (JN. 13, 1)

1. Para reconocer el corazón del presente...

“Seguid venciéndonos en las pequeñas contradicciones cotidianas que os molestan, y emplead en ello lo mejor de vuestros deseos. Sabed que por ahora, Dios no quiere otra cosa de vosotros; no perdáis, pues, el tiempo, queriendo hacer otra cosa. No sembréis vuestros deseos en el jardín de otro, sino pensad solo en cultivar bien el vuestro. No deseéis no ser lo que sois, sino desead siempre ser, del mejor modo posible, lo que sois. Dirigid vuestros pensamientos a perfeccionaros en esto y a llevar las cruces, grandes o pequeñas,

que encontréis en el lugar que se os ha asignado. Y creedme: este es el gran secreto, el secreto menos comprendido de la vida espiritual. Cada cual ama lo que es de su gusto y son pocos los que aman lo propio de su deber y del gusto de nuestro Señor. ¿Para qué sirve construir castillos en España, si tenemos que vivir en Francia? Esta es una antigua enseñanza mía, y vosotros la entendéis muy bien” (Carta a la mujer de Presidente Brulart, junio de 1607).

¿Elegir un presente para amar o elegir amar el

presente? Podemos resumir en estas palabras el interrogante que Francisco de Sales dirige a una de sus Filoteas en una carta de 1607. En realidad, resonando de siglo en siglo, el interrogante planteado por el santo obispo de Ginebra llega hasta nosotros, particularmente en este tiempo de Adviento, que nos prepara para la venida del Señor.

Las acertadas palabras de Francisco de Sales nos revelan al mismo tiempo, el secreto más profundo de la santidad y nos ayudan a desenmascarar una de las más frecuentes e insidiosas tentaciones, que con frecuencia acechan en nuestro camino. El santo de la amabilidad, con tono delicado y al mismo tiempo firme, nos da a entender claramente, que el único jardín en el que la semilla de la santidad, sembrado por la gracia de Dios y cultivado por nuestra libertad, puede crecer y madurar, es solo y solamente el de nuestro presente, del aquí y ahora. Es el aquí y ahora de nuestro tiempo y espacio, de nuestras condiciones de vida y salud, de nuestras relaciones y afectos, de nuestro trabajo y de las mil circunstancias del cotidiano, de nuestra pequeñez y de nuestra fe siempre en camino. Es un presente que, a veces, nos parece angosto y otras veces nos revela increíbles sorpresas, un presente siempre acechado por el correr de los días, pero un presente que es el único tiempo verdadero, concreto y real de nuestra vida, en el que esta nuestra vida se juega. **No siempre es inmediatamente evidente, reconocible y visible a primera vista, la presencia de Dios que representa la verdadera y auténtica riqueza que encierra nuestro pasado. Se trata, en efecto, de una riqueza profunda y preciosa al mismo tiempo, que no se impone ni busca espacios de protagonismo, pero que, de modo discreto y concreto, elige con tesón no rendirse y sigue habitando y bendiciendo este tiempo, no cambiándolo por otro tiempo, sino transfigurándolo, como lo que es, un tiempo de gracia.**

Y esto lo sabe muy bien Francisco de Sales; sabe muy bien que, si no reconocemos la visita de Dios en el hoy, difícilmente la reconoceremos en el mañana, porque también el mañana, cuando llegue se llamará hoy. Al mismo tiempo el santo saboyano conoce muy bien la tentación de evadirse del presente, que, de alguna manera, llama a la puerta de nuestro corazón. Es la sugestiva tentación de no vivir el aquí y ahora, de rendirnos ante la aparente monotonía, aridez y esterilidad de lo cotidiano, para buscar en otro sitio

y de otro modo, un jardín más prometedor, más adecuado para acoger nuestro camino de santidad.

Variados y coloridos pueden ser estos destinos de nuestra fuga a otro lugar. A veces nos refugiarnos en el pasado, idealizando y añorando la belleza, con frecuencia idealizada, de un tiempo que ya no existe. Otras veces, en cambio, tendemos hacia un futuro imaginado e imaginario, pintándolo libre de las asperezas e imperfecciones que, por el contrario, acompañan al presente. Y otras veces deseamos refugiarnos o nos refugiarnos de verdad, en un presente diverso, real o virtual, donde nos parece que las condiciones y circunstancias son mucho más propicias a nuestro camino de seguimiento del Señor. Frente a estas tentaciones que conoce muy bien, el obispo de Ginebra nos indica, con amable firmeza, en nuestro presente, vivido sin tapujos ni escapatorias, el único espacio real y concreto en el que es posible encontrar al Señor, el único lugar que el Señor elige y en el que no deja de visitar y bendecir nuestras vidas. Vivir en el presente ciertamente no es fácil, y reconocer el presente como lugar en el que el Señor viene a nuestro encuentro, obviamente no significa petrificar la realidad existente en una gélida y glacial rigidez, en la que nada cambia ni se transforma. El secreto que el santo obispo nos



© Centro Aletti - LIPA Edizioni

presenta es más profundo y precioso. Francisco de Sales nos sugiere que al Señor no lo encontraremos jamás, y no nos saldrá nunca al encuentro en otro lugar, puede que más perfecto, pero ciertamente abstracto e irreal, sino única y solamente en este presente, tal como es, con sus luces, sus claroscuros y con sus contradicciones. Nunca será posible encontrar al Señor sino reconociéndolo en las llagas y en las heridas de la realidad, en el jardín de nuestra vida y de nuestra historia, y en la de Francia que, incluso viendo las mil y una ventajas y mérito de una hipotética España, es el único verdadero terreno de nuestra vida. Solo así podremos experimentar que el Señor no nos viene al encuentro porque vivimos un ambiente hecho posible solo por nuestro esfuerzo, sino que se encuentra allí donde estamos, porque ama infinita y simplemente nuestra vida.

El Señor no nos pide que seamos otra cosa de lo que somos o de ir a un lugar diverso del aquel en el que nos encontramos. Nos pide la humildad de acoger su venida en la pobreza de nuestro presente que, como el pesebre de Belén, es el único lugar en el que Dios quiere ser hospedado. Y es precisamente en esta experiencia de haber reconocido en el Señor, el huésped, con frecuencia no percibido en nuestro cotidiano, donde recibimos la fuerza de caminar y crecer en santidad. Por eso, santidad no es, como a veces pensamos, sustituir este presente, con nuestra vida y nuestra historia, con otro presente, radicalmente nuevo y totalmente diverso, que borre en un momento y de un plumazo, lo que somos y lo que hemos sido, para dar lugar a un nuevo comienzo que nos haga entrever mejores posibilidades de éxito partiendo de cero. Santidad tampoco es tratar, a fuerza de voluntad y con nuestros esfuerzos, de progresar, de crecer y mejorar, como si Dios, después de habernos dejado vislumbrar un camino a seguir, nos esperase en la línea de meta, interesado y curioso por evaluar la eficacia de nuestros esfuerzos y la firmeza de nuestra perseverancia, como si de alguna manera debiéramos merecer y ganarnos su Amor a base de esfuerzos y de resultados obtenidos. La santidad de la que Francisco de Sales nos revela el secreto es, en realidad, algo infinitamente más hermoso y grande, algo infinitamente más divino e inmensamente más humano. Santidad no es intentar, por la fuerza de la voluntad, no ser lo que somos y ser otros de lo que somos, negando que Dios ha querido, bendecido y amado nuestra irreplicable singularidad. Por el contrario, **santidad es**

precisamente vivir este presente, esto es, tratar de ser lo que somos de manera perfecta, no como meta de nuestros esfuerzos, sino a la luz de descubrirnos y reconocernos, con infinita y nunca agotada maravilla, destinatarios privilegiados del Amor eterno, infinito y fiel de Dios que no conoce dudas, inseguridades y vacilaciones, hasta el punto de dar Su misma vida por nosotros.



Y es precisamente este saberse gratuita e infinitamente amados por Dios, llamados a responder y no a alcanzar su amor, lo que permite a nuestra vida florecer en la auténtica y verdadera santidad; en reflejar, de modo único e irreplicable, de un modo que será solamente el nuestro, en los rasgos de nuestro rostro, los rasgos del rostro del Señor. El amor de Dios, su presencia a nuestro lado, el habitar precisamente en nuestro cotidiano, no nos transporta mágicamente a un presente diverso, sino que transforma y transfigura radicalmente este presente, renovándolo, haciendo florecer y fructificar todas sus potencialidades y posibilidades de bien, de luz y de gozo. Como nos dice San Francisco de Sales, si en nuestra vida y en nuestro presente tenemos la valentía de habitarlo y alumbrarlo, descubriremos que Dios no descarta, sino que redime, no condena, sino que purifica, no sugiere, sino que ama. Y este es precisamente el secreto de la santidad: no tener que esforzarse por ser amados, sino poder florecer gracias al hecho de ser amados infinitamente sin síes y sin peros, no devueltos al remitente por nuestros defectos de fábrica, con frecuencia fruto de elecciones equivocadas de nuestra libertad, sino redimidos y renovados radicalmente por el amor más grande que nos ha amado hasta el extremo, es decir, hasta la muerte y la muerte en cruz. Santidad no es ser otro diverso de nosotros mismos, sino llegar a ser, a través del tejido diario de la gracia y

de la libertad, plenamente nosotros mismos, lo que estamos llamados a ser, no como soñamos, sino como desde la eternidad Dios nos ha soñado y no cesa de soñarnos. Y todo esto no es posible vivirlo en otro lugar, sino solamente en el centro y en el corazón de este nuestro presente habitado, animado y amado por Dios.

2. “La presencia amorosa de Dios...”

Del evangelio de San Juan (Jn 13, 1-17):

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica.»”

Es la presencia de Dios en el corazón de nuestro presente la que convierte nuestro presente, incluso en sus inevitables e imprevisibles imperfecciones,

en el lugar en el que nuestra santidad está llamada a florecer. La presencia de Dios en el corazón de nuestro presente nos da la gracia y la fuerza de estar presentes en nuestro presente, viviéndolo en la presencia de Aquel que, eternamente presente, nos ama y acompaña constantemente con Su amor en nuestra cotidianeidad. Es la opción de Dios de habitar nuestro tiempo, lo que hace nuestro tiempo habitable, el lugar en que es posible recibir, reconocer y devolver su amor. Y es en este, nuestro camino, que llevando a habitar nuestro presente nos ayuda a huir y a evitar la tentación siempre acechante de buscar refugio en otra parte, un tiempo privilegiado es ciertamente el del Adviento.

El Adviento es el tiempo litúrgico que, año tras año, la Iglesia nos ofrece para prepararnos, caminando en comunión y en comunidad, al misterio de la Navidad del Señor. El Adviento es un tiempo de gracia totalmente especial, un tiempo que se nos da para poder renovar el asombro y despertar la maravilla ante el hecho más desconcertante e imprevisible de todos los tiempos, un hecho que ha cambiado para siempre la historia. Un filósofo de la antigüedad afirmaba con absoluta certeza: *“una cosa es cierta, jamás un Dios ha bajado aquí”*. Ante esta afirmación que excluye categóricamente que Dios pueda, de algún modo, hacerse cercano y presente a los hombres, se presenta el imprevisto e inaudito misterio de Belén que el evangelista Juan resume en estas palabras que, de edad en edad, no cesan de resonar en la historia: *“El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1, 14).

En la gruta de Belén Dios, por su libre opción de amor, no permanece lejano y distante, no envía al hombre un mensajero o un código de conducta, sino que se hace hombre naciendo de la bienaventurada Virgen María. En Navidad Dios Padre envía por el poder del Espíritu Santo a su Hijo unigénito al mundo, no para condenar al mundo sino para salvarlo por su amor. Este es el misterio de la Encarnación que nos preparamos a celebrar en Navidad, el misterio de amor de un Dios que, con tal de salvar al hombre, no duda en involucrarse en primera persona en la historia de la humanidad, traspasando los confines de lo eterno y viniendo a habitar en el corazón del tiempo, de la historia, del presente de todo hombre. Es en Navidad cuando el Hijo de Dios, de la misma naturaleza del Padre, viene a habitar en el corazón de nuestro presente, para que todo hombre, desde el corazón de su presente pueda encontrar el corazón de Dios

abierto de par en par. En Navidad, Dios, haciéndose hombre, no decide crear de la nada “otro presente”, sino que elige renovar y recrear nuestro presente con su amor, que supera toda distancia, toda soledad, todo abandono. Con la encarnación el eterno, por amor al hombre, se hace “nómada,” aceptando venir a vivir entre nosotros, plantando su tienda en nuestro tiempo, para que cada uno de nosotros, recorriendo su propio camino pueda descubrir y experimentar que es constante y cotidianamente acompañado por el Emmanuel, el Dios con nosotros.

Y es precisamente este mismo Amor, el amor que lleva a Dios a hacerse hombre en su Nacimiento, que se manifiesta y se realiza definitivamente en la Pascua de la Muerte y Resurrección del Señor, en su *dar la vida “por nosotros y por todos”*, para la salvación de cada hombre. En el misterio del Nacimiento y de la Pascua, eventos que, a primera vista, parecen tan diversos y distintos, late la misma lógica de Amor, vive el mismo Amor infinito y desmesurado de Dios por el hombre. Es precisamente en la cruz donde el Amor de Dios se ha revelado en toda su increíble e infinita profundidad. Es un Amor que ama hasta el extremo. Sin rebajas ni vacilaciones, un Amor que elige habitar en el último puesto, el puesto del abandonado por Dios, para que ningún hombre, ni siquiera el más alejado distante y desesperado, se encuentre excluido de este abrazo de salvación, abierto siempre de par en par al corazón del mundo. Después de la Pascua no hay ni habrá hasta el fin de los tiempos y de la historia un presente en el que Dios no esté presente, un presente en el que, si aceptamos acoger el don del Amor, que siempre se nos ofrece, no podamos palpar con la mano que Dios nos ama y nos salva. Y precisamente por esto, porque el Amor hasta el extremo de Dios está presente en el corazón de nuestro presente, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, nos ha dado y consignado la Eucaristía, el sacramento perenne de su Amor por nosotros. Precisamente por esto la Eucaristía es el mayor tesoro que Dios ha confiado a su Iglesia, la fuente y el corazón que late en la vida de la comunidad cristiana y en el camino de todos los hijos de Dios. **En la Eucaristía el don del Amor vivido por el Señor en la cruz no viene a ser como un recuerdo encerrado en un pasado cada vez más lejano, sino que por el poder del Espíritu Santo se hace presente en el corazón de nuestro presente, invadiendo nuestra vida en el aquí y ahora de nuestro tiempo. En el “pan cotidiano” de la Eucaristía,**

repartido día tras día para nuestra salvación abarca y rompe los confines del tiempo, convirtiéndose en una fuente viva de Amor a la que hoy podemos acercarnos en nuestro presente. La Eucaristía es el lugar en el que descubrimos quiénes somos a los ojos de Dios, hijos amadísimos por los que el Padre no ha dudado sacrificar a su único Hijo, para que ninguno se pierda y todos podamos ser salvados. El mismo sacrificio, la misma cruz, el mismo Amor infinito se hacen presentes en la Eucaristía, en este tiempo y en este espacio para que, hasta los confines del mundo y del tiempo, todos los hombres puedan experimentar y recibir la salvación de Dios. La Eucaristía, haciendo presente la cruz del Señor y plantándola en el corazón de nuestro presente, nos da la gracia de poder habitar y vivir este nuestro presente, sin refugiarnos en otro lugar, como un tiempo de gracia, en el que reconocer y encontrar el rostro de Dios. Ahora comprendemos las palabras de un padre de la Iglesia que, comparando a Cristo con el amado del que habla el Cantar de los Cantares, veía en la encarnación, en la cruz y en la Eucaristía las tres “*locuras de Amor*” con las que Dios en su Hijo ha elegido estar presente en el presente de todo hombre.

Son las palabras del evangelista Juan las que nos permiten recoger, a pesar de nuestra pobreza, cuatro destellos de este Amor infinito que todos los días estamos llamados a acoger en la Eucaristía. Como sabemos, Juan, a diferencia de los sinópticos, al narrar la última cena del Señor no narra la institución de la Eucaristía sino que nos describe la escena del lavatorio de los pies en la que el Maestro y Señor, en la noche en que fue entregado, amó a los suyos hasta el extremo, inclinándose para lavarles los pies. Es este gesto, grabado para siempre en las páginas de Juan y en el corazón de la historia, el que nos revela el significado profundo de la Eucaristía, de la que el lavatorio de los pies constituye la “explicación” que el mismo Señor nos ofreció.

a) El don de la presencia - En la Eucaristía el Señor hoy, aquí y ahora, se hace presente en el corazón de nuestro presente, no en otro lugar. En la Eucaristía, Dios no nos da consejos e indicaciones, sino que elige demostrarnos su amor de la manera más radical y profunda que existe, esto es, con el lenguaje de la presencia. Amar es hacerse presente, estar presente; aquí es precisamente donde radica la presencia salesiana. Dios no se contenta con

decirnos o con darnos algo, sino que en la Eucaristía opta por venir, con todo su mismo ser, a habitar este tiempo presente, no otro tiempo. La presencia, compartir el tiempo, es la base y el fundamento de todo Amor. Con la Eucaristía Dios no exige habitar en nuestro pasado o nuestro futuro, sino que hace del aquí y ahora, a veces tan áspero y tan árido, el tiempo privilegiado en el que encuentra, ama y salva nuestra vida.

b) El sacrificio - La presencia de Dios en nuestro presente no es un hacerse presente distraído, indiferente, curioso, no es una tocata y fuga. En la Eucaristía no viene Dios a dar una ojeada a nuestro presente, no se asoma a la ventana de mi historia para una rápida inspección al espacio de mi vida, sino que irrumpe en mi vida con toda la carga y la fuerza rompedora de su Amor que no ha dudado en sacrificarse por mí hasta el final, hasta el último respiro. La presencia de Dios que la Eucaristía hace brotar en el corazón de nuestra vida no es una presencia tibia, tímida e inerte, no es una presencia soñolienta y distraída, sino un fuego ardiente de Amor, es Dios mismo que, por salvar mi vida, no duda en sacrificarse a sí mismo. En la Eucaristía, nuestro presente no es invadido por promesas vagas o promesas genéricas, sino por el don del Amor infinito de Dios, de un Dios, que se ha implicado hasta el extremo en mi historia. Dios elige pagar el más alto precio, el sacrificio de sí mismo. Para amarme a toda costa, elige hoy entregarse y darse a sí mismo, para que en este presente el hombre tenga vida y la tenga en abundancia.

c) La comunión - Los cristianos pensamos demasiadas veces, que caminar con Dios es una cuestión privada, un hecho que atañe a cada uno tomado individualmente, un asunto privado, para individuos, no como algo que abre el horizonte de un camino en comunidad. Y, sin embargo, la belleza, con frecuencia olvidada y descuidada, de ser cristianos es precisamente la de pertenecer a la Iglesia, a una comunidad de hermanos y hermanas en comunión y en camino como pueblo, como familia de Dios. Y este es precisamente el don que hoy brota de la Eucaristía. La iglesia nace y vive de la Eucaristía, la comunión de aquellos que, sintiéndose amados por el mismo Amor, caminan amándose como el Señor nos ha amado. La eucaristía no es algo que se me ha dado a mí y para mí, independientemente de los demás. Esta no es, ni puede ser en ningún

caso y por ningún motivo la lógica del Amor, ¡y mucho menos del amor de Dios! El Amor no divide, sino que crea y busca la unidad, tejiendo relaciones y recomponiendo aquellos lazos que, por tantas razones pueden haberse aflojado y hasta haberse deshecho. Al recibir la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo ofrecido por nosotros y por todos, recibimos, al mismo tiempo la gracia de ser miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia de la que el mismo Cristo es la cabeza. No es posible pertenecer a Cristo y no considerarse como pertenecientes a su Cuerpo. Es precisamente en la Eucaristía donde se nos regala una comunidad de hermanos y hermanas a quienes amar y de quienes dejarse amar; es en la comunión donde, por encima de simpatías y opiniones, entramos en comunión con el que, a nuestro lado, y quizá un desconocido, ha recibido el mismo regalo de Amor. Es sabernos amados por el mismo Amor y llamados a amarnos con el mismo Amor que hemos recibido lo que nos hace palpar que la Eucaristía nos constituye en Iglesia, confiándonos a los hermanos y confiándonos hermanos a quienes amar.

d) El testimonio - La Eucaristía, como repetimos en toda celebración, no se nos da solamente para el “vosotros” discípulos e Iglesia. Sino que se da “para todos”, para recoger y reunir en un único Amor a los hijos de Dios todavía dispersos. La Eucaristía, la cruz de Cristo que implica y renueva hoy mi vida, no me encierra en mi yo ni en un grupo elitista, o en un club exclusivo. La Eucaristía, que nos hace sabernos amados y nos hace Iglesia, nos inserta en el mismo movimiento de Amor que hace latir el corazón de Dios, un Amor que no tiene paz ni descansa mientras haya alguien que no ha experimentado la belleza del saberse amado y tener experiencia de ser amado como hijo. La Eucaristía no nos encierra, sino que nos lanza y envía por el mundo, como comunidad, para “revelar” a quien todavía no haya encontrado el Amor que hemos recibido. Es la Eucaristía la que nos convierte en testigos de cuanto hemos visto con nuestros propios ojos y tocado con nuestras manos. Nos hace testigos capaces de orar, y de entregarnos, precisamente porque nos hemos convertido en una sola cosa con Jesús, de hablar al Padre con la misma intimidad y confianza de su Hijo. Nos convierte en testigos capaces de construir fraternidad, dándonos, porque nos hemos hecho una sola cosa con la iglesia, capaces de componer y recomponer relaciones en las que acogerse y acompañarse como hermanos. Nos hace testigos capaces de vivir el servicio,

entregándonos, porque nos hemos convertido en una sola cosa con el corazón del Hijo, de cara a los alejados; de arremangarnos y mancharnos las manos, a menudo con pequeños gestos más que con grandes discursos, para llenar nuestra cotidianeidad, en casa y en el trabajo, del dulce y delicado perfume de Cristo.

Es por esto por lo que Don Bosco ponía a la Eucaristía, el Amor de Dios que se hace presente en el corazón de mi presente, como uno de los pilares fundamentales e irrenunciables del Sistema Preventivo. Para Don Bosco se trata de una convicción profunda experimentada personalmente. En la Eucaristía, los huérfanos de Valdocco, los jóvenes abandonados y en peligro de ayer y de hoy, han podido, pueden y podrán experimentar el Amor infinito de un Dios que, aunque no tengamos nada y no seamos de nadie, nos ama como un Padre que entrega todo por nosotros, hasta el extremo, hasta el último aliento de su vida. Esta es la convicción profunda que emerge en el sueño de las dos columnas que resume los cimientos fundamentales de la espiritualidad salesiana. La Eucaristía es una presencia que emerge, como don gratuito de Dios, precisamente en el centro de este presente borrascoso y tempestuoso, no en otra parte. Dios se hace presente hoy, aquí y ahora, no en otro espacio, permitiendo atracar nuestra nave a la columna de su Amor, entregado por nosotros en la cruz y repartido todos los días en la Eucaristía, único puerto seguro de nuestro presente. Es una columna en la que no llegan ni atracan otras muchas naves solitarias, gobernadas por timoneles aislados, pero en la Eucaristía atraca la gran nave de la Iglesia, gobernada por el sucesor de Pedro. Y no es una nave de lujo, reservada a pocos privilegiados, la que encuentra un puerto seguro en la Eucaristía. Es más bien, como tantos sueños de Don Bosco revelan repetidamente, una balsa, un bote salvavidas, como los que tantas veces aún hoy surcan nuestros mares y buscan acogida en nuestras costas y ciudades, en busca de esperanza y salvación. En la columna de la Eucaristía no atracan naves lujosas, sino solo balsas que incluso en riesgo de hundirse por las furiosas tormentas, son hasta el final, sin descuentos y sin compromisos, lugares abiertos y acogedores, extendidos, en una solicitud que no puede detenerse, para acoger a bordo a quienes, por las infinitas circunstancias de la vida, corren el riesgo de hundirse y ahogarse.

Escribe Don Bosco:

“En medio de la inmensa extensión del mar, dos robustas columnas surgen de las olas, muy altas y poco distantes la una de la otra. Encima de una está la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies cuelga un gran cartel con esta inscripción: «AUXILIUM CHRISTIANORUM»; en la otra, mucho más alta y grande, se encuentra una OSTIA de tamaño proporcional a la columna, y debajo otro letrero con las palabras: «SALUS CREDITIUM».” (MBe VII, 153).

Para la oración personal y la meditación

- 1) En mi cotidiano, ¿amo el presente que tengo o elijo o deseo otro diverso?
- 2) ¿Intento progresar y mejorar solo con mi esfuerzo, o confío cada jornada al Señor, haciéndome acompañar de Él en mis opciones, acciones, dificultades y alegrías?
- 3) ¿Vivo la Eucaristía como don de infinito amor y vibra mi corazón cuando recibo a Jesús?
- 4) La Eucaristía me hace testigo de comunión y capaz de llenar mi cotidiano “del dulce y delicado perfume de Cristo”?

Compromiso mensual

Todas las mañanas, al levantarme, haré como primer gesto, la señal de la cruz, pidiendo ayuda a Jesús, para vivir bien y en su compañía, toda la jornada. Durante la semana, al recibir la Eucaristía, pediré al Señor que mueva mi corazón para que sea consciente de su visita.

**“Auxilium
Christianorum”**

**“Salus
Credentium”**



ENTRÉGATE - CONFÍA - SONRÍE

CARTA DEL RECTOR MAYOR DON ÁNGEL FERNÁNDEZ EL CAMINO HACIA EL PARAÍSO



“María es Madre y Maestra y nos sostiene, para que podamos ‘volar’ en el camino de la santidad.”

(Don Ángel Fernández)

San Luis María Grignon de Montfort, en su “Tratado de la verdadera devoción,” escribe que la especial mediación de María en la vida de sus hijos es posible porque, Ella, entre todas las criaturas, es la más “conforme” a Jesucristo, o la más semejante y la más cercana a Él,

Para ser verdaderos devotos es importante renovar las promesas bautismales que implican la renuncia al mal y al pecado y una total adhesión a Cristo.

En todo esto, amemos a María y dejémonos amar por Ella que nos toma de la mano para conducirnos a Jesús.

En otro pasaje, el Rector Mayor afirma:

“María es Madre y Maestra y nos sostiene, para que podamos ‘volar’ en el camino de la santidad.”

Es una sencilla llamada, accesible a todos, que caracteriza la dimensión popular de nuestra Asociación. Se nos propone vivir *“la verdadera devoción”*, un intercambio de amor con María que valora nuestra relación con Dios y con el prójimo.

Los miembros de ADMA están invitados a llevar este don a todos los ambientes en que trabajan, viviendo con intensidad la vocación cristiana.

Don Bosco nos ofrece ayuda, como nos recuerda

don Pedro Broccardo:

“Don Bosco, santo lleno de Dios, está al mismo tiempo lleno de María. Toda la vida gira, después de Dios y en dependencia de Dios, en torno a la Virgen.”

En la experiencia de Don Bosco, el amor a María y el amor a la Eucaristía van siempre juntos, son las dos columnas que mantienen la vida y la misión de la Iglesia.

Los “devotos” de María Auxiliadora están invitados a ser protagonistas de la celebración eucarística, ofreciendo la propia vida, sus penas y alegrías, para que crezca la comunión en la familia, en el ambiente de trabajo y en las comunidades eclesiales.

María es maestra de sabiduría, es profeta, pero es también una mujer de pueblo concreta, activa y sabia en las experiencias de lo cotidiano.

La figura de mamá Margarita remite mucho al imaginario mariano de Don Bosco y nos recuerda una vez más, que los “devotos” de María Auxiliadora deben ser profetas con su vida, testigos valientes, en grado de acompañar a los demás.

Don Ángel concluye este capítulo presentándonos el bellissimo cuadro de María Auxiliadora en la basílica de Valdocco, en el que María se nos presenta majestuosa, rodeada de la corte celestial con la corona en la cabeza y el cetro en la mano: una Reina poderosa en la lucha contra el mal.

María interviene diariamente en nuestras vidas, y en los momentos más difíciles mantiene encendida la luz de la esperanza.

Andrea y María Adele Damiani

400° ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SAN FRANCISCO DE SALES

SAN FRANCISCO DE SALES Y LA EUCARISTÍA

El modo más seguro, que la tradición milenaria de la Iglesia nos entrega y confía, para acoger el don inestimable de la Eucaristía, la vida de Dios que se derrama en el corazón de nuestras vidas es asistir con humildad a la escuela de los santos, escuchando sus palabras y siguiendo el ejemplo de aquellos que, en su vida, paso a paso, han hecho de la Eucaristía el corazón que late y la fuente que brota en su camino de fe, de vida y de servicio. Queremos, pues, a los 400 años de su muerte, ponernos brevemente en camino con San Francisco de Sales, pidiendo al santo obispo de Ginebra que nos ayude a **reconocer cómo, verdaderamente en la Eucaristía, el Señor viene a habitar en el corazón de nuestra vida y cómo hacer de la Eucaristía el corazón de nuestra vida.** Aun siendo joven estudiante en Padua, con poco más de 20 años, Francisco escribía:

“Comulgaré lo más frecuentemente posible (...) ¿Cómo podría ser, para mí, el domingo “día de sábado y de reposo,” si estuviese privado de recibir al autor de mi eterno reposo?” (OA XXII, 43).

Dando la palabra al santo doctor de la Caridad, nos dejaremos guiar por sus escritos, en cinco sencillos pasajes que pueden acompañarnos en este tiempo de Adviento, a reconocer que el Señor, nacido para nosotros en Belén, en el don de la Eucaristía se hace hoy presente, en el corazón de nuestro presente, dándonos su amor que nos salva y nos hace una sola cosa con Él y con nuestros hermanos.

En la Eucaristía:

a) Dios viene a nuestro encuentro y encuentra nuestra vida en este presente:

“Todavía no te he hablado del sol de los ejercicios espirituales: El Santísimo y sumo sacrificio de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable que manifiesta el abismo de la caridad divina; por su medio, Dios se une radicalmente a nosotros y nos comunica, de modo maravilloso, sus gracias y sus dones. La oración hecha, unidos a este sacrificio



divino, posee una fuerza que no se puede expresar, oh Filotea, con palabras. Por su medio el alma abunda en dones celestiales, porque abraza al Amado, que de tal manera la colma de perfume y suavidad espiritual, que se asemeja a la columna de humo de leños aromáticos, de mirra, de incienso y de todas las esencias que emplea un perfumista, como dice el Cántico. Organízate de modo que participes diariamente en la Santa Misa, para ofrecer, junto con el sacerdote, a Dios Padre, el sacrificio del Redentor, para tu bien y el de toda la Iglesia.”(Filotea, II, cap. 14)

b) Para revelarnos su Amor infinito para con nosotros:

“No conozco otra cosa en el mundo de la que tengamos una posesión y un dominio tan absoluto como el que tenemos sobre los alimentos, que destruimos para preservarnos. Y nuestro Señor ha llegado hasta este exceso de Amor. Hasta hacerse alimento para nosotros. ¿Y qué no debemos hacer para que Él pueda poseernos, gobernarnos, manejarnos a su antojo, masticarnos, tragarnos y hacer con nosotros lo que quiera?” (Carta a la madre Angélica Arnauld, 25 de junio de 1619).

c) Y para ayudarnos a crecer en el Amor día tras día:

“Tu primera intención al comulgar debe ser progresar, fortalecerte y estabilizarte en el Amor de Dios porque lo que se te ha dado solamente por Amor, lo debes recibir con Amor. No es posible imaginar al Salvador comprometido en una acción más llena de Amor y más tierna que esta, en la que se puede decir que se destruye a sí mismo convirtiéndose en alimento para entrar en nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y al cuerpo de los fieles. Si te preguntan por qué comulgas con tanta frecuencia responde que es para aprender a amar a Dios, para purificarte de las imperfecciones, liberarte de las miserias, consolarte en las aflicciones, encontrar sostén en las debilidades. Responde que son dos las categorías de personas que deben comulgar frecuentemente: los perfectos, porque estando bien dispuestos, harían muy mal en no acercarse a la fuente de la perfección; y los imperfectos para poder caminar hacia la perfección; los fuertes para no correr el peligro de hacerse débiles y los débiles para hacerse fuertes; los enfermos para curarse y los sanos para no enfermar. Tú, pues, creatura imperfecta, débil y enferma necesitas comulgar con frecuencia con la perfección, la fuerza y el médico. Responde que aquellos que no tienen muchas ocupaciones, deben comulgar porque tienen tiempo; en cambio los que están muy ocupados, lo deben hacer porque tienen necesidad, porque quien trabaja mucho y está cargado de ocupaciones debe alimentarse con alimentos sustanciosos y comer con frecuencia.” (Filotea II, cap. 21)

d) Siendo reflejo y perfume de Cristo para los hermanos:

“Mas, ¿cómo creéis que sucede la digestión espiritual de Jesucristo? Los que tienen una buena digestión corporal sienten un vigor en todo el cuerpo, por la distribución general del alimento que se da en todas sus partes. Del mismo modo, Hija mía, quienes tienen una buena digestión espiritual, sienten que Jesucristo, que es su alimento, se extiende y comunica a todas las partes del alma y del cuerpo. Esos tienen a Jesucristo en el cerebro, en el corazón, en el pecho, en los ojos, en las manos, en la lengua, en las orejas y en los pies. ¿Y este Salvador, qué hace en todos estos

lugares? Corrige todo, purifica todo, mortifica todo y lo vivifica todo. Ama en el corazón, entiende en el cerebro, anima en el pecho, ve en los ojos, habla en la lengua, y así en todo lo demás. Hace todo en todo, y de este modo, no somos nosotros los que vivimos, sino que es Jesucristo quien vive en nosotros.” (Carta a la baronesa de Chantal, 24 de enero de 1608).

e) En la actividad ordinaria y concreta de lo cotidiano:

“El día en que uno comulga no se corre ningún peligro realizando toda clase de obras ni de trabajos; se correría mayor peligro no haciendo nada. En la Iglesia primitiva, cuando todos comulgaban todos los días, ¿creéis que estaban mano sobre mano por esto? San Pablo que celebraba la Misa diariamente se ganaba el pan con el trabajo de sus manos. El día de la Comunión, hay que evitar cuidadosamente solo estas dos cosas: el pecado y las satisfacciones y placeres procurados por sí mismos.” (Carta a la mujer del Presidente Brulart, febrero-marzo de 1606).

Como conclusión de este nuestro breve camino, dejamos la palabra una vez más, al santo obispo de Ginebra, deseando que brote de su corazón, inflamado en Amor de Dios y de los hermanos, nuestro mejor deseo para nuestro camino de Adviento:

“Las liebres, aquí entre nosotros, en nuestras montañas, en invierno se vuelven blancas porque no ven ni comen más que nieve: lo mismo tú, a fuerza de adorar y alimentarte de belleza, de bondad y de la misma pureza de este Divino Sacramento, te volverás más bella, santa y pura.” (Filotea II, cap. 21).

POR LA GRACIA RECIBIDA

BEATRICE, NUESTRO PEQUEÑO MILAGRO

El testimonio de dos jóvenes esposos, Elisa y Alejandro, nuevos miembros de ADMA Primaria de Valdocco.

Alessandro: Nuestro camino en ADMA comenzó hace 5 años con la invitación de don Roby a participar en los encuentros de los Primeros Pasos en Familia dirigidos a familias en los primeros años de matrimonio y, como nosotros, a parejas de novios que se preparaban para casarse.

Elisa: Yo conocía ADMA a través de la experiencia y comunicaciones de mis padres que pertenecían a ella desde hacía algunos años.

A: Para mí, en cambio, era una dimensión nueva, aunque había podido crecer en ambiente salesiano, durante los años de bachillerato y tenía curiosidad por esta propuesta.

E: La decisión de continuar el camino, a través de los encuentros mensuales de ADMA y la celebración del 24 del mes, fue, en cierto sentido, más bien natural, como una no decisión, pero en todo caso una respuesta a una propuesta de fidelidad en la que creíamos que era una gran oportunidad de bien para nosotros y para nuestra familia.

A: Repensando hoy nuestra historia, nos damos cuenta que desde el inicio de nuestro matrimonio, María supo llevarnos de la mano y conducirnos a Ella de un modo que no nos sintiéramos solos en el momento de nuestra primera gran tormenta, cuando junto a la alegría de saber que esperábamos otra niña después de Alice, tuvimos que enfrentarnos al miedo de saber que quizás esa hija no era para nosotros por estar afectada con una gravísima malformación cerebral, tal vez no compatible con la vida y casi seguro que no con una vida “normal” tal y como la entendemos.

Recuerdo aún la cara de Elisa cuando me explicó el resultado de la ecografía. El primer sentimiento fue de abandono total, pero poco después, con la dulzura, la firmeza y la confianza típicas de mi mujer en María, añadió que el Señor nos confiaba esa niña



“...A través de Ella, hemos abierto nuestro corazón...”

porque estaba seguro de que la cuidaríamos. Estas sencillas pero desafiantes palabras fueron para mí como un rayo de luz en la oscuridad... No estaba solo, tenía a mi mujer y especialmente a María a mi lado. Estaba claro lo que tenía que hacer; debía aceptar esta situación, aparentemente desesperada, confiando en que **María no nos dejaría solos.**

E: Tantos quizás, los humanos, que nos asustaron... pero sólo una certeza segura, la de no estar solos sino amados hijos: nosotros y la criatura que sentía patear y que durante meses espíamos con ecografías. Al encomendarnos a María durante esos meses, saboreamos la dulzura de la oración hecha con el corazón y el alma aliviada de quien sabe que sus peticiones ya han sido concedidas. A través de Ella abrimos nuestro corazón a las personas que teníamos cerca, en la familia Adma nacieron nuevas amistades y otras se fortalecieron porque se apoyaron en el terreno común de la Fe y la confianza en María y Jesús.

A: Como si quisieran enseñarnos que la oración y

la confianza total en ellos todo lo pueden, de modo casi inexplicable por y para los médicos, en cada control, el cerebro de Beatrice iba tomando una forma cada vez más normal, y en abril de hace un año hemos abrazado por primera vez a nuestro pequeño milagro. Todo lo que antes nos preocupaba, se estaba revelando inocuo en el tiempo.

E: Al contrario, hemos tenido que afrontar algo que no nos esperábamos, o sea la necesidad de una intervención quirúrgica por una malformación en el corazón que nunca había aparecido durante todos los controles del embarazo. Hemos aprendido así que nuestros afanes, con frecuencia no son nada y que todo lo que somos y nos sucede es y sigue siendo un Misterio en manos de la Providencia. Todavía hoy, estamos plenamente agradecidos y maravillados al pensar en la delicadeza con que María se ha hecho presente en nuestra casa, a través de la capillita, durante los días de intervención de Beatrice y su

permanencia en terapia intensiva, o cuando más adelante inicie una tarea nueva. **Descubrimos en nuestra historia Su presencia materna, premurosa pero discreta, orientando las pequeñas y grandes opciones de todos los días.**

A: Nos llena de gratitud y nos maravilla mirar hoy hacia atrás y acordarnos que cuando don Roby nos preguntó qué característica queríamos darle a nuestro matrimonio, habíamos considerado precisamente en María y la Providencia como nuestro camino. Y en ADMA hemos palpado cómo todo esto puede ser vivido en lo cotidiano de modo verdaderamente fecundo para sí mismo y para los demás.

E: Y, como decía don Bosco, **“María es nuestra guía, nuestra maestra, nuestra madre y no hace las cosas a medias”**. Y hemos ahora aquí para renovar nuestra entrega a Ella, seguros de ser asistidos por la gracia y de poder palpar con la mano otros milagros.

NOTICIAS DE FAMILIA

Argentina: Retiro de Octubre con San Francisco de Sales



Buenos Aires, Argentina – sábado 22 de octubre

En el encuentro de ADMA en Buenos Aires, Argentina, hemos meditado sobre la vida y espiritualidad de San Francisco de Sales dirigidos por el padre Néstor Zubeldía.

El encuentro continuó con la Adoración, el Rosario y la santa Misa celebrada por el padre Vicente Ricchetti.

Tailandia: Peregrinación de la imagen de María Auxiliadora en las familias

Con ocasión del **150º aniversario de la fundación del Instituto**, en la Inspectoría tailandesa, se ha puesto en marcha una iniciativa: la Peregrinación de la imagen de María Auxiliadora en las familias de los miembros de la Comunidad Educativa y de las familias de las alumnas.



El 21 de octubre pasado la hermana Kuanruan Onakul, animadora de ADMA, junto a miembros del grupo ADMA y vecinos de la casa, hemos llevado en peregrinación la imagen de la Virgen María a la casa de Vina Klaithong, miembro de ADMA, en el día de su cumpleaños. Pedimos para ella especiales bendiciones y confiamos la familia a la Virgen, para que la proteja de todo peligro.

El 24 de octubre siguiente, en el día de la conmemoración de María Auxiliadora, los miembros de ADMA, las hermanas y algunas colaboradoras, hemos ido a rezar el Rosario a casa de profesor Cornuch Charoenphol.

Antes de finalizar el Rosario, hemos recitado la plegaria de consagración de la familia a la Virgen. La señora Kornuch Charoenphol nos

ha dado las gracias y se ha unido a nosotros diciendo: ***“Hoy he palpado con la mano el amor del Señor Jesús y de la Virgen. Los he sentido, sentados a nuestro lado, mientras rezábamos el Rosario. Gracias por haber traído a María Auxiliadora a nuestra casa.”***

PEDIMOS A TODOS QUE NOS ENVÍEN UN ARTÍCULO, UNA FOTO DE UN ENCUENTRO DE FORMACIÓN, DE LA CONMEMORACIÓN DEL 24 DE MARÍA AUXILIADORA, DE UNA ACTIVIDAD DE VOLUNTARIADO QUE SE ESTÉ REALIZANDO. El artículo (formato .doc, máximo 1200 caracteres sin contar espacios) y un máximo de 2 fotos (formato digital jpg y no menos de 1000px de ancho), con un título y/o breve descripción, deben ser enviados a adma@admadonbosco.org. Es imprescindible indicar en el asunto del correo electrónico **“Cronaca di Famiglia”** y en el texto los datos del autor (nombre, apellidos, lugar de la toma, afiliación Adma, ciudad, país).

Al enviarlo, usted autoriza automáticamente a Adma a procesar, publicar y difundir, incluso parcialmente, el artículo y las fotografías de diversas maneras. Podrán publicarse, según criterios del editor, en el sitio web www.admadonbosco.org, y/o en otros sitios web de Adma, acompañadas de un pie de foto.